

ENA LUCÍA PORTELA
El pájaro: pincel y tinta china

bokeh *

Primera edición, 1999 (La Habana: Unión)

© Ena Lucía Portela, 2016

© Fotografía de cubierta: Elisa Gallego Rooseboom, 2016

© Bokeh, 2016

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-91515-51-4

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

I.

ESE LOCO DE ROSTRO RENACENTISTA

Perder el tiempo...

Los dedos, a través de los cuales se escurría ya sin horas ni minutos el continuo, agua y arena, podían tocar el transcurrir mismo en su pureza, en su grado cero. Hundirse en él, untarlo en el cuello.

Entonces todo era recorrer la casa, del escritorio al cigarro a la cocina al espejo del baño, a la ida y a la vuelta el pájaro enjaulado, no pincel, no tinta china. Primero en busca del milagro: un espacio libre de la corrosión, del poder desintegrador. Luego nada.

Fabían lamentaba perder el tiempo. Como si antes hubiese sido suyo, como si pudiera ser suyo. ¡Ah relojes! Se sentía culpable. Lo pensaba –al continuo, nada menos– animalejo acariciable y vivo entre las pezuñas de un estúpido sombrerero (él) y eso, en verdad, no lo ayudaba. La culpa crecía, engordaba tanto como puede engordar la culpa de un estúpido, y era ya tan enorme que se comía a las demás culpas, pobrecitas.

Una parte de él –*guilty*, más que *guilty*– hubiera deseado vivir de otra manera. ¡Y cuánto! En principio poseer algo, si no el continuo, quizás un algo más modesto, en cuya posesión pudiera creer sin la sospecha de una nueva estafa, un nuevo descalabro en este mundo tenebroso signado, me han dicho, por la pérdida, por un oír las voces y no ver las caras, por un recurrente vestirse de prestado. Nada de eso. Hubiera deseado poseer limpiamente.

Ignoraba por qué se le derramaba aquella sopa fría sobre la cabeza, dónde se había equivocado. Porque el peso del Error parecía innegable...

Apenas lograba, sin embargo, recordar una época distinta, con olores y sabores menos lacerantes: la Edad de Oro, el paraíso (perdido), la *belle époque*, nuestros años felices, alguna otra ucronía a contrapelo. El desgaste de la memoria hacía que la falta que lo abrumaba se perdiera allá lejos, en un pasado muy remoto. Y lo muy remoto tiende a confundirse con lo infinito. Su malestar se tornaba más inasible: al proyectarse en una infinitud se convertía en el malestar de todos los hombres. Se trataba, al parecer, de una vulgar angustia metafísica.

En ciertas ocasiones, islas en un piélago de fango, no le parecía que sus cosas anduviesen tan mal. De naturaleza grandilocuente y por añadidura en los tonos de Séneca o Racine, se vigilaba lo más posible para burlarse de sí mismo a manera de conjuro, de ceremonial apotropaico.

Sobre el escritorio, tierra consagrada para los fieles de un sueño intranquilo, habitaban sus juegos.

Gracias al tedio, al nada que hacer en sus instantes menos angustiosos, a la certeza de que en última instancia todas las ocupaciones humanas resultan por igual inútiles y a una suerte de asumir el desafío intelectual que implica para ciertas mentes contemplativas el desconocimiento de una lengua muerta (otra manera de significar, en fin, otras imperfecciones), había conseguido aprender el antiguo dialecto ático, la lengua del *Banquete* y del teatro clásico, de Tucídides y Jenofonte.

Más aún, había logrado aprender lo suficiente como para traducir (sólo para sí) fragmentos de cosmogonías y poesía lírica escritos hace más de dos mil quinientos años en otros dialectos, al fin y al cabo no tan diferentes unos de otros. En las tres voces griegas tuvo en sus brazos a una criatura deliciosa, más linda que

las doradas flores, Cleis mi adoración, aconsejó con vehemencia al joven Cirno y se burló de un hombre que sufría, cantó a Nanno y a los dulces dones de la diosa, a los Juegos Olímpicos, recreó el *ethos* espartano, del caos al cosmos y a la inversa una y otra vez las alucinantes y engañosas aporías de un mártir, *Ringkomposition*, parataxis, priamel, puzle arcaico del que emergen nuevas e inesperadas imágenes –malas traducciones, no era filólogo, sino aficionado– al combinar los significados más insólitos, como besarse mutuamente amor dorio al pie de la muralla, construir un puente, estar ahí esperando, mediante el uso diagonal de la acepción menos socorrida o algo por el estilo para descubrir objetos y movimientos en su opinión bellos, tremendos, desordenados, locos; como nuestro espíritu, aire, nos sostiene, así el soplo y el aire circundan al mundo entero, el número, los átomos, el fuego...

Hasta el momento en que llegaba a confundir los caracteres calcídicos con los milesios que, casi omnipresentes, se apiñaban ante sus ojos (para algunos insomnes no hay nada tan agotador como una pesadilla milesia), y entre nervioso y aburrido por tanta conflagración, tempestad y caricias, encendía un cigarro con gesto impersonal, anónimo irse quemando con la cabecita del fósforo apenas sin advertirlo, e iba a la cocina, siempre poco interesante con su teléfono mudo, tan sólo por contar los pasos: plac plac plac.

Pensaba entonces en lo bueno y simple que sería, tal vez hasta virtuoso, preparar café o limonada. Pero no lo hacía, quizás también pensaba que en el fondo no era tan bueno ni tan simple.

A Fabián siempre le preocupaba el fondo de todo. Era, según he oído decir, uno de esos seres cargantes, desconfiados, algo maníacos y propensos a pasarse una hora entera sospechando de los pestillos y las aspirinas. No creía en la inteligencia. La idea de la posibilidad –y necesidad, argumento teleológico– del fondo, una especie de cosa en sí torturante como una cama llena de migas de

pan, se había aferrado a él gelatinosa y tentacular convirtiéndose casi en una obsesión para amargarle la vida.

El espejo del baño, último y fatigado espacio de los circuitos interiores, no sólo era testigo, sino también cómplice de sus mejores incertidumbres.

El espejo era un cuadro capaz de provocar espasmos, mortales contracciones, como diría Djuna Barnes. Más que enfrentarlo, colgaba sobre él. Porque Fabián no se construía: el pelo negro, negrísimo sobre los hombros, bien cortado y perfumado, los ojos color de resina atrapadora de insectos bajo las cejas levemente arqueadas parecían, por supuesto, contruidos por otro, entre devaneos y misticismo, se deslizaba florentino por las esquinas del *quattrocento*. Uno se fija un poco en la frente pensadora, en la mirada donde las alas y patas de cuerpecillos agónicos se quedan pegadas y tarda mucho, demasiado, en descubrir la dureza, la voluptuosidad algo cruel de la nariz y la boca. Extraña combinación de rasgos para quien ha nacido en La Habana, alrededor de mil novecientos setenta y no ha viajado nunca, por más que sus parientes se esforzaran en deportarlo, por inútil y por loco, de ser posible a los lejanos confines de Australia o Nueva Zelanda.

Inmóvil y enmarcado, con el rictus del hastío trazado por años. No muchos, pero años, de ambición, de saberse excepcional, único, elegido, de concebir la historia —ésta no, la otra, la Historia, la Leyenda Blanca— como una línea originada en él para transcurrir por él, morir con él y nada más, Fabián lo ignoraba todo acerca de su metáfora —término oblicuo anterior, la naturaleza imita al arte, *ut pictora vita* y otras lindezas— en la Galería de los Oficios, ambigua edificación. No le había sido dado reconocerse ni siquiera en una postal.

Aunque era el hombre de la medalla en muchos sentidos, o tal vez por eso, su rostro le deparaba diversos asombros cada día. Después de perderlo, lo perseguía, lo encontraba de nuevo y así.

A veces Fabián no estaba y el hombre de la medalla permanecía en el espejo. Aquel rostro lo marcaba, lo determinaba, lo hacía sentirse abocado a algo que él mismo no conseguía esclarecer. Tal vez un destino, una vindicación total que intentaba descifrar en los oscuros oráculos del baño como quien planea una broma nerviosa.

Lo interesante del asunto es que Fabián daba a casi todo el mundo, según parece, la misma impresión de energía reconcentrada y a punto de estallar, de falta de escrúpulos, de fatalidad, de peligro. Como ese personaje misterioso de una película que comienzas a ver ya empezada, del cual, a pesar de su elegancia y rara belleza, sabes que es el malo, el rufián, el sinvergüenza, el canalla siniestro. La tardía y despiadada reencarnación de todos los Borgia. El personaje que no consigue engañarte y que, para su desgracia y quién sabe si también para la tuya, será al final reducido, explicado y condenado en virtud de los preceptos morales y estéticos de Van Dyne para el género policial. Fabián, desprovisto casi por completo de biografía, revista mutilada y, por lo tanto, criminal en potencia, no caía bien. Digamos que, para la mayoría de sus conocidos, no era un tipo confiable.

Parecía no tener familia. Como esos individuos desajustados, *mutatis mutandis*, que andan por ahí haciendo el ridículo en la TV o en los periódicos o en cualquier parte, sin nadie que los aconseje ni les diga «mira muchacho, estate tranquilo, pórtate bien, ya por hoy es bastante». En realidad era un pobre huerfanito y sus parientes más próximos, personas intachable y de límpida trayectoria, ocupadas en manejar divisas en nombre del Estado para contribuir al desarrollo y engrandecimiento de la nación, se habían desentendido de cualquier posible problema, como era lógico una vez fracasados todos los proyectos de estudio, trabajo y exilio, al cortar con Fabián todo vínculo más allá de la remesa —considerable, eso sí— que le hacían llegar cada mes desde la misma ciudad para que vegetara en paz y no fuera a estrangular a nadie.

No es que fuesen mala gente, sino que, sencillamente, no tenían demasiado tiempo a su disposición.

Una vieja revieja, fósil, sentenciosa y apocalíptica, «niño, niño, el mundo se va a acabar, el mundo se va a acabar, el mundo...», «¿está segura, Herminia?, «claro, niño, claro, el mundo no da más, de que se acaba se acaba, te lo digo yo, ¡ay, Dios mío!», hacía de ama de casa tres veces por semana. Le contaba al niño, esperando comprensión y lástima como quien dice «bésame, bésame mucho» o se queja del calor atroz en una isla terrible, que ella debía mantenerse en pie y fregar y cocinar y eso, aunque estaba medio paralítica y tembleque y lo rompía todo, porque el biznieto y sus compinches, maricones todos –ella decía otra palabra, pero quería decir maricones–, todos, le habían prometido asesinarla, así mismo, como lo oyes, niño, a-se-si-nar-la, a ella, que no se había metido con ellos, echándole vidrio molido en el cereal el día que cayera en un sillón de ruedas. Y se relamían de gusto los muy bandidos, porque ellos, decían, sí que no iban a bañar viejas cagadas y con escaras. Monstruo, la llamaban, mientras fraguaban sus malévolos planes en su mismísima cara vieja. Ya no se atrevía la infeliz anciana ni a oler el cereal, su única dicha de momia sin dientes.

Fabián la escuchaba con profunda atención (nadie como él para escuchar ese tipo de cosas), sintiendo que semejante delirio o fábula o realidad, ¿quién sabe?, le era tangente, lo tocaba con simpatía en algún punto no muy luminoso de su espíritu.

Nunca preguntaba nada que no fuese «¿de verdad, Herminia?, ¿en serio, Herminia?, está segura, Herminia?», tal vez para entrever nuevos detalles –que no venían nunca–, o por el gusto de repetir como un *mantra* el nombrecito germánico y algo salvaje. Tampoco hacía comentarios ni acotaciones al margen, sólo se sacaba el pelo de la cara y sonreía con su torcida sonrisa interior a lo Dorian Gray.

El desdichado monstruo lo observaba con el rabillo del ojo. Párpado inflamado, legañas verdeamarillas, imagen borrosa, principio de glaucoma. Luego se persignaba como quien vuela de noche sobre el Atlántico en un avión que hace ruidos extraños y volvía entre alaridos a sus anuncios de catástrofe. Fuegos futuros de los cuales Fabián creía provenir, fuegos emergentes, inaplazables, lluvia de piedras, lava y cenizas. Al mismo tiempo los deshielos. Rugidos, *tsunamis*, maremotos. Agua, mucha agua de la que no apaga el fuego, sino que lo aviva. Árboles arrancados de cuajo, derrumbes. Una vieja cagada y con escaras volando en su sillón de ruedas.

Herminia, nerviosa, rompía un plato y Fabián rompía otro para sentirse en ambiente. A su manera no dejaban de acompañarse y de ser felices. Los vecinos, excepto Bibiana, la rubita *next door*, su única visita, fruncían desaprobadores sus entrecejos de vecinos. Prohibían a los niños acercarse a aquella gente perversa, dudaban entre avisar o no a la policía, se quejaban de los peligros, de la telenovela, de los apagones, del gobierno, del país mismo y expresaban su descontento de mil maneras, sobre todo cuando Fabián, ¿quién los entiende?, tras la desertión del monstruo (quien llegó a temerle al rompedor de platos más que a la pandilla desalmada), llevó a Camila a vivir con él.

Posiciones humillantes.

Cuando se llega a La Habana con dieciocho años para estudiar actuación –uno canta y baila con cierto decoro y hasta sabe de acrobacia y de imitar animales– y no se tiene más que una personalidad y un cuerpo pequeños y grises, los idóneos, si se viene a ver, para incorporar grandes personajes muy diversos entre sí, y en cambio se descubre, a través de una inesperada concatenación de errores y pasos en falso –como ése de preferir la comedia, tan

llena de falos— la ventaja de ser espectador, actuar de espectador, nada de Yocastas, Desdémonas, Heddas o Madre Coraje, ni de añorar la peregrinación a los cuchitriles y la bohemia de Broadway y el teatro por aquí y uno por allá, ¡qué bien!, más translúcido y poca cosa que nunca, y además se aprende que también es bueno emborracharse de lo lindo día y noche, estar en el aire como quien dice, personaje del aire bajo la corona de pámpanos, de ser posible con ron, llegado el caso con pediculicida de plátano —producto de la conjunción entre la química, el vicio y la miseria, horrendo como su nombre indica: pedi, culi y SIDA, preparado a base de alcohol, que también sirve, mira tú, para matar bichos— y fumar marihuana con alegría, cómo no, cultivarla, matica linda de mi corazón, en algún sitio donde nadie la reconozca —venir a La Habana a cultivar, qué mal chiste— y venderla sin cuidado para ganar alguna plata para esnifar coca para dar un par de escándalos echando abajo una puerta que alguien indignado no quiere abrir, hasta que a uno, urbano y nocturno como pocos, *down town* hasta la médula, decidido a no regresar jamás a las mañanas, la tierra oscura y los gallos del central, de una patada por el culi lo botan de la beca y del Instituto, y gracias que no hay denuncia, porque delitos hubo por montones y quizás se podría terminar la noche de Walpurgis en otra clase de beca, y entonces se advierte que uno se ha malogrado —al menos es lo que dice la peruana del cuarto, inca de mierda—, uno se ha pasado de los límites con mucha *hybris* sin saber por qué (mentira, uno sí sabe), si no había una Causa por la cual luchar ni nada de qué quejarse, si uno tuvo en sus manos las mejores oportunidades, pero de todas maneras se sabe que vivir en la calle como las flores y los pájaros y Diógenes de Sinope —y los otros mendigos quizás más viejos que por aquellos días comenzaban a proliferar de nuevo en un país que casi los había olvidado—, no es tan terrible en una ciudad que sin barrer nieve se abre y se desborda para uno, para hacerlo santo y

devorarlo, en una ciudad que orina y vomita encima de uno de sus esperpentos, sus secretos y sus llaves, aunque se carezca de amigos, de sentimiento de pertenencia a un grupo cualquiera, de dinero, de ropa, de comida, de espíritu emprendedor y no tanto de inteligencia como para ignorar que se está por completo fuera de foco, *old fashioned*, en plena disonancia, haciendo la payasada del siglo en un mundo que para nada carece de paz, amor y libertad, cuando en menos de un año sucede todo eso, que es casi una historia aunque no de las mejores y uno se pone a dormir en las aceras y a husmear en los latones de basura, hablando solo sin que nadie lo mire ni se asombre, las consecuencias pueden ser incalculables.

Una tarde con mucha lluvia y mucho sol se asiste a las bodas del Diablo con la cara hecha una ciénaga donde el agua traza surcos y canales de territorio pálido, rizos de mangle, con las orejas paradas y primaverales ganas de tomar el té, liebre marceña, lo más pronto posible.

Entonces aparece un joven amable, se sienta en el mismo banco en el mismo parque como si tuviera la lluvia por dentro. Cierra el paraguas negro con olor a vestíbulo de casa acogedora y dice que el día está precioso para tomar una ducha callejera, y que le agrada mucho haber encontrado alguien con quien compartirla.

Hace semanas que uno no conversa y tampoco fue nunca un conversador demasiado brillante. No sabe qué decirle al joven, aunque él no parece esperar nada preciso, se limita a pasarse los dedos por el pelo y a mirar hacia arriba. Añade que han anunciado una tormenta tropical, hay que tomar medidas.

En verdad hay que tomar medidas, piensa uno. Con esto no se contaba por más que cada *clochard* padezca lo suyo, lo que le envían las divinidades atmosféricas cada año para desgraciarle la vida. Pero en el parque se está bien. Hay somnolencia, un derretirse de los remordimientos. Y eso que el viento arrastra

latas vacías, trozos de *plywood*, trozos de cartón, trozos, y la calle parece muerta.

De tanto no querer saber uno se ha perdido la poca simpatía que alguna vez se tuvo; se siente cucaracha. Sin embargo, de pronto ha querido ofrecer lo mejor que tiene, dar algo bueno (?) a alguien, quizás por recuperarse un poco de la ignorancia o por agradecer esa compañía pluviosa que sabe hacerse descomprometida, indiferente, o porque en el fondo de cada cucaracha tal vez pervive siempre un humilde deseo de gustar. Y lo mejor que uno tiene, lo único bueno quizás, son las ganas del té, del buche tibio en la mesa de los locos. Uno, por fin, habla.

El joven la mira desconcertado. La mira bien de cerca por primera vez. Ojos dorados, muy lindos, los suyos. «Ya metí la pata, soy un asco», se dice Camila que quiere decir sacerdotisa, «seguro quería mojarse ahí, tranquilo, en silencio, quién sabe cuánto esperó por esta lluvia, y yo me bajo con que un té, ¡ah!».

Pero no es el té. Es la voz. La voz de una actriz hembra haciendo del príncipe que está gordo y se fatiga. Es la ruptura elocuente (espero) de su neutralidad. Es que, a pesar de sus piernas musculosas y sin depilar, de su cara de ratón confundido, de los trapos holgados que disimulan sospechosas e insignificantes curvas en una fisonomía más bien angulosa, a pesar de su pelo absurdamente indefinido, Camila resulta ser una muchacha. Una sacerdotisa. El joven se echa a reír.

Ella, aunque no le ve la gracia por ninguna parte a su miserable intento de agradar, no es de las que le temen a la risa. Al contrario, prefiere a las personas que ríen, y cuando él le pregunta si sabe cocinar —da lo mismo si rompe algunos platos— la sacerdotisa miente descaradamente con tal de caerle bien.

Así irrumpen en un apartamento que a ella le parece de película americana, donde él vive más solo que una ostra. Camila desentona, según muestran las superficies pulidas que la repiten.

Pero está habituada a desentonar y no es el orden la causa de que Fabián desee bañarla. En nombre de la coherencia –si acaso a personas como ellos les es dado invocarla– ella se bañaría sola, pues eso, aunque no lo parezca, sí sabe hacerlo.

Es que, al verla de cerca, Fabián ha revivido una antigua frustración. Siempre (es casi un decir) quiso bañar a Herminia, diminuta bola de pellejos y olor a molusco podrido dentro de un escaparate. Hubiera deseado visitar a los maricones para pedirles, amablemente, que la dejaran por su cuenta «Yo me ocupo», les habría asegurado. Lo que se dice una «relación estable». Y todo por amor. Ellos, buenos muchachos, seguro hubiesen comprendido. Pero la digna anciana se había horrorizado y le había dicho asqueroso, el mundo se va a acabar por culpa de la gente como tú, pervertido, mierdero, puerco exhibicionista, lo cual era más bien un contrasentido. Todo a pesar de que sus relaciones habían llegado a un punto –casi no quedaban platos– en que algo así parecía inevitable y hasta necesario. Él le había dado una bofetada, una solita para no desencuadernarla. La había empapado con alcohol y se había puesto a jugar con los fósforos y a confesarle su más recóndita piromanía para asustarla y que ella accediera. ¿Te imaginas los gritos? Fabián, si se lo hubiera propuesto en serio, habría llegado a ser un excelente esbirro. Pero no consiguió retener a Herminia: aquél había sido el fin de sus relaciones.

Por supuesto, no iba a contarle todo eso a la sacerdotisa, quien a fin de cuentas encontraba divertido que alguien estuviese lo suficientemente loco como para ponerle las manos encima. Ella ignoraba, pues no se había fijado en la nariz y la boca, todas las implicaciones de ese «ponerle las manos encima». Aunque, de haberlo sabido, es posible, creo, que tampoco se hubiese negado. «Tú verás qué rico y después tomamos el té, ¿qué tal?». «Allá tú, a mí no me da pena porque la verdad es que ya no tengo nada que ver conmigo misma». Se sentía cansada. «¿Por aquí?». Caminó

hasta el baño —que en el futuro no habría de ser sacralizado— quitándose la ropa por el camino. Actriz.

Pero si le dio mucha pena cuando él también se desvistió, puso el seguro de la puerta bien seguro, y la bañadera con sales y ambientador, espumoso y refrescante paraíso, se convirtió en escenario de un juego de fuerzas y torpezas. De crueldades anómalas con resbalones y ondas. De posiciones cada vez más humillantes y dolorosas. De palabras increíbles masculladas al oído y de golpes. De ese fuego sinuoso que abre grietas en la piel desprevenida a donde el agua llega como ácido, acompañada por el daño otro de los objetos fríos y punzantes, de las burlas.

No tuvo la suerte de desmayarse en el momento desgarrador de la penetración, como ahora mismo está sucediendo a tantas y tantos en diversos e ignorados lugares del mundo. Era más fuerte (y más estrecha) de lo que había supuesto. Lo bastante fuerte como para soportar durante largo rato imparables y violentísimos impactos sobre su pequeño y hasta entonces afortunado útero. Para resistir incluso el prolongado orgasmo del joven amable, la embestida final que fue vértigo y horros y agonía para ella con la cabeza completamente sumergida. Nunca antes había deseado tanto la muerte. Nada podía ser peor que aquel infierno.

Antes del atentado Camila había sido virgen y más que virgen, ni siquiera había visto nunca a un hombre desnudo, lo cual no resulta tan raro si suponemos que su aspecto mezquino y hasta repulsivo para la mayoría de las personas tal vez le había servido de garantía contra los crímenes del amor. Por ello no supo que Fabián, a pesar de todo, era hermoso, y que quizás hasta existían personas que con gran placer hubieran pagado con cheques, tarjetas o efectivo la cantidad que fuera por encontrarse en el lugar que tan lamentablemente ella ocupaba.

Silenciosa estuvo llorando durante horas, mientras Fabián, quien no se sentía en absoluto violador y tal vez pensaba que así

se debe desflorar y que lo otro es bobería, la secaba suavemente con su enorme toalla verde una vez detenida la hemorragia. Era como si el Diablo hubiese decidido descansar un rato. Camila permanecía inmóvil, apacible de una manera extraña y con la mirada hueca, quizás con la calma que depara sentir que uno vuelve a respirar cuando estuvo a punto de ahogarse. Después de todo, se decía Fabián, al principio la sacerdotisa se había dejado besar de lo más tranquila, lo cual es aquiescencia, y sólo le había dado por gritar, morder y arañar cuando él empezó a, lo cual también es aquiescencia, que no ni no, pues nada podía haberlo excitado más.

Embargado por tan saludables pensamientos preparó el té de jazmín casi con ternura y, sin dar explicaciones, le pidió un par de *tylenols* a la rubita de al lado, Bibiana, que quiere decir «ilustre niña».

La sacerdotisa se fue serenando, pues al ardor y al malestar se unía la fatiga, la espantosa fatiga. Al fin se quedó dormida sin reminiscencias denigrantes que le estropearan el sueño. Fabián, fascinado, se acostó junto a ella y apagó la luz. Sonrió.

Afuera estaba oscuro y no paraba de llover.

Así comenzaron una nueva y desesperanzada vida. Sin demasiado extrañamiento, sin nostalgias. Sin nada que lamentar, pues en realidad se trataba de la misma vida con idénticas huellas en la soledad y con idénticos itinerarios en el tiempo.

Cocinaban como podían. Mal. Había menos ruido, eso sí, que en tiempos de Herminia. Si él, en vez de caminar de un lado para otro, le pegaba cuando estaba harto de sí y de sus culpas, era en silencio. Si le decía las peores cosas (en voz baja), ella permanecía callada, algo taciturna y parecida a él, como si comprendiese que aquella conducta pertenecía también al orden natural del mundo, si existía, lo cual, era en última instancia, importaba muy poco. Un perchero envuelto en una toalla puede ser un objeto muy útil

para golpear a alguien: te destroza por dentro sin dejar marcas por fuera. La hipocresía misma.

Salían poco y conversaban menos. Ella sabía –de alguna manera, gestual si se quiere, había llegado a saberlo– que él nunca iba a matarla. Cualquiera otro hubiera pensado que no era posible durar mucho en medio de tanta violencia, pero cualquiera otro se hubiera equivocado al olvidar que hasta los campos de concentración tuvieron sobrevivientes. Él no iba a matarla porque de algún modo entreveía el futuro, el final de esta historia, la cual, te adelanto, es, entre otras cosas, la historia de un asesinato. No iba a matarla porque necesitaba una mujer en la casa, una esposa, del mismo modo en que se necesita en el ajedrez al peón de la torre, detrás del cual, en algún momento de espanto, se pueden ocultar las piezas más valiosas. Nunca se sabe. Y ella era insustituible como un peón de la torre. Su aire de muchacho (desde ese punto de vista no era tan fea, con algo más de estatura hubiera figurado un Espinario o tal vez un Antinoo incierto), su inclinación a la brevedad y su extraordinaria paciencia –hay que decir que no le gustaban los malos tratos, que los padecía muy a su pesar– parecían hechos justo a la medida de él. Fabián reconocía en repetidas ocasiones que Camila no le tenía miedo y eso le gustaba, lo movía a tocarla de otro modo, sin el perchero.

Algo como besar despaciosamente, con los ojos cerrados y el pelo suelto, una cosquilla ligera, roció, el pecho casi plano de la sacerdotisa, cuya respiración era entonces audible, acompañada. Las manos de ella, muy poco lo que se espera sean las manos de una muchacha, se apoyaban en mi cabeza, fuertes, y buscaban empujarla hacia abajo, hacerla rodar. Y los labios, la lengua inusualmente hábil y obediente, iban hacia abajo, hacia donde querían las manos, por un camino de caracol, húmedo, expectante, de nuevo tenso en el abdomen ahuecado y duro que Fabián adoraba y quería comerse. El caracol mordía y era un

dolor distinto. Ella gemía de placer aunque a mí no me gustara su voz y me empujaba todavía más, dejándome sin escapatoria, me empujaba hasta el vacío que yo temía porque allí habitaba lo cierto, lo único cierto con todos sus olores y sabores y su hambre. El fin de la ilusión era abrir los ojos, sentir el peso de las piernas de la sacerdotisa como una cruz –exacto, una cruz de hierro– sobre mi espalda y continuar entre el desconcierto siempre renovado, la sensación angustiada de ser víctima de mí mismo y los murmullos y ondulaciones de ella, hasta que se aflojaba, también despacio, la presión, yo alzaba la cabeza y veía como enfermo a una muchacha relajada y feliz que me decía hijo de puta.

Fabián no podía evitar en esos momentos la acometida de una tristeza oscura, el desapego previo a cualquier enunciado de abolición. Descontento de sí mismo y de todo, salía solo para encontrar nadie sabe qué cosas. Tal vez auténticos amantes de la lluvia. Volvía en la madrugada sumido en una especie de alegre indiferencia. ¿Amantes de la lluvia, qué digo? Esto no es ya narración, sino retazos de ideas, aburrimiento, analogías discordantes que, tras la tormenta tropical, iban apareciendo sin más ni más en la mente de él. Porque no soñaban al unísono y de más está contar cómo sabían que se conocían poco. A Camila todo aquello le importaba un rábano. Vivía sin tratar de explicarse el vacío, lo aceptaba como había aceptado la calle, sin condiciones. Quizás esta página debiera estar en blanco.

Desde la sombra Fabián extendía la mano, cada vez más ansioso. Quería, por decirlo de algún modo, acceder a alguien, estar de acuerdo. Poseer. La misma angustia de siempre, pero más intensa y definida. Y lo aparentaba muy bien –había provocado ya más de un susto– con la esperanza de lograrlo de veras algún día en virtud de cierta magia simpática o premio divino a la humildad, a la perseverancia.

Todos sus amantes de la lluvia, sin embargo, eran fanáticos: neoizquierdistas, neoconservadores (con el fin del milenio proliferaban las ansias de novedad, de renovación), herejes, criminales, opuestos al aborto y a la pena de muerte y a la eutanasia, neonazis, neohippies, enamorados, discotequeros, vegetarianos, espiritistas, cibernéticos, *punks*, alcohólicos, ascetas, feministas, pragmáticos, homofóbicos (pues sí, Horacio, entre cielo y tierra hay más de lo que sueña tu filosofía), censores, campesinos, extranjeros, militares, católicos, *gays* del arcoiris, neoexistencialistas, drogadictos, anticuarios, santeros, ecologistas, psicólogos, peloteros, ateos, payasos y, aunque parezca increíble, muchas cosas más. Todos tenían conexiones, falsas o no, daba igual. Algunas se interceptaban. Tenían respuestas, etiquetas, correligionarios, ídolos. Hablaban mirando hacia el frente, hacia el futuro con voz altisonante y entrecejo fruncido. Se sentían en su derecho, tal vez con razón. Opinaban. Creían que pensaban, creían que sentían, creían que creían. Eran escandalosamente crédulos.

Fabián, quien, aparte de tocarlos con las dos manos y contaminarse a más no poder, los escuchaba demasiado, comenzó a sospechar que por ese camino llegaría directo y sin problemas a ninguna parte. Bueno, tal vez a una enfermedad venérea. De nuevo sufrir el tiempo... el pájaro desbordado, no pincel, no tinta china.

No perdía la fe. Más bien la fuerza de la obsesión lo salvaba de perderse en aquella jungla parlanchina. Su rostro en el espejo lo alentaba, lo hacía esperar otra variante del milagro. Había abandonado, cierto, el interés que un día creyó tener en juzgar, en hablar de la vida. Iba poco a Grecia, pues algo había empeorado en él y allí parecían no quererlo. Eso, pensaba, se lo debía en gran parte a los sucesivos fracasos con Herminia y Camila. Porque Camila también era un fracaso. Sin duda él precisaba de otra historia, que ella, por más humillada, enferma y rota que estuviese, no

podía darle desde su precaria posición en la primera o la octava columnas. Al peón de la torre también se lo sacrifica, es más, sucede muy a menudo. La cuestión era engancharse, conquistar el centro, ganar.

Fabián no tenía la menor idea de la forma exterior que podría revestir su comunión con otra persona. Pero le agradaba imaginarla por puro placer estético. Sólo debía ser, por ejemplo, con alguien a quien viese, más o menos, una vez por semana. Quizás la tarde violeta y desvaída del viernes, ese día tan propicio para el desconcierto y los susurros vegetales. Debía ser con alguien de una cobardía especial. Se encontrarían, soñaba, en el bosque de La Habana, en las casitas de suelo crujiente con que el *figus* rodea los troncos centenarios. Debía suceder pronto, antes de que el concepto «otra persona», las más importante de las categorías para Fabián, se diluyera por completo —ya comenzaba a diluirse, a completar iones— en una masa continua y neutra, condenada a rechazar para siempre la reducción a lo discreto. Debía ser también una comunión irónica que, al mismo tiempo, consiguiera escapar a la ironía empalagosa y verde que lo embarraba todo por aquellos días.